

Consumiendo desde el consenso: una exploración sobre el proceso de trabajo y la política

Avaro, Dante

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Avaro, D. (1997). Consumiendo desde el consenso: una exploración sobre el proceso de trabajo y la política. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(169), 113-131. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.169.49338>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more Information see: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Consumiendo desde el consenso. Una exploración sobre el proceso de trabajo y la política*

DANTE AVARO

Resumen

Este trabajo parte de un viejo problema no resuelto: cómo compatibilizar la ciudadanía política con nuestro rol de agentes económicos. Durante mucho tiempo se creyó que el proceso de trabajo que tomaba a los individuos como agentes económicos era una condición suficiente y al mismo tiempo necesaria para producir una sociedad política integrada. Esto es lo que hemos conocido como consenso fabril regulado y administrado por el Estado. De este modo las sociedades habían colocado al proceso de trabajo como el canal vinculante entre la integración social y la ciudadanía política. Sin embargo, la pérdida de centralidad del proceso de trabajo es un *factum* que este ensayo trata de mostrar. Así, las paradojas que se construyen intentan reformular la pregunta inicial en un contexto de desempleo y para una sociedad que se esfuerza por disminuir el tiempo laboral. Acorde con esto, se sugiere plantear una política pública que, partiendo de la pérdida de centralidad del trabajo, construya un consenso basado en el consumo sin tener en cuenta la condicional restricción del empleo.

Abstract

This work starts from an unresolved old problem: how to make compatible political citizenship with our role as economic agents. Since long ago it was believed that the process of labour, which considered individuals as economic agents, was sufficient and at the same time necessary to produce a well integrated political society. This has been known as regulated and administered factory consensus. In this way societies have placed the labour process as a link communicating social integration and political citizenship. Nevertheless, the loss of centrality of the labour process is a fact that this essay tries to demonstrate. Thus, the paradoxes constructed attempt to formulate the initial question in a context of unemployment and for a society that works in order to diminish the working time. Considering this loss in the centrality of labour, a public policy is proposed in order to construct a new consensus on the basis of consumption which does not consider the restriction of employment as a constraint.

* Este trabajo es un subproducto (deseado) del primer informe del proyecto de investigación titulado: "El fin del trabajo: ¿problemas de justicia local o global?" Agradezco los comentarios recibidos de Judit Bokser y Francisco Valdés; aunque no son responsables por las ideas aquí expuestas, lo son, sin lugar a dudas, por el incentivo a mejorar la versión preliminar del mismo. Finalmente, deseo agradecer a Intercambio Académico de la UNAM por su generosa ayuda y respaldo incondicional.

¿El proceso de trabajo como *sutura*?

“**T**odo lo sólido se desvanece en el aire”, escribió Marx en *El Manifiesto*. Una sentencia más para caracterizar la modernidad, o más bien, una metáfora para entender *el sentido* que adquiere la organización tendiente a la satisfacción de la supervivencia humana: la esfera económica. La esfera económica moderna, caracterizada por Marx, es aquélla inherentemente prometeica. Como M. Berman (1989) ha sugerido, es un conjunto de actores sociales deslumbrados con la construcción-destrucción, al igual que la fiebre potencialmente creadora que despierta Mefistófeles en Fausto. Se sintetiza en una idea que cierto día escuchamos de un empresario: “¡qué hermoso paisaje, qué vista! Removeré cada metro cuadrado, lo destruiré; construiré, sacaré árboles, haré edificios y playas de estacionamiento, y obtendré mucho dinero”.

Marx es el primer economista moderno que comprende la dimensión institucional-ideológica de la esfera económica. La ley de oferta=demanda o aquélla de producción=consumo son mucho más que una equivalencia explícita; son ligar (y para eso fue necesario *desligar*) el proceso de trabajo colectivo a la destrucción, una y otra vez, al solo efecto de volver a empezar. Es mucho más que la metáfora que usa Schumpeter, es más que *destrucción creadora*: es organizar la producción para devorarla. Ninguna producción tiene sentido si ésta no devora el proceso de trabajo; la finalidad del proceso de producción capitalista adquiere lógica en su cíclico y monótono reinicio. Éste es el gran descubrimiento del *valor de cambio* postulado en *El capital*: terminar para volver a empezar, y comenzar con el único fin de finalizar. Ninguna organización económica anterior se había propuesto elevar al rango de institucionalización la destrucción del proceso de trabajo.

Se ha insinuado, y con bastante insistencia, que si dejamos de lado el proyecto de autofundación epistemológica de la modernidad, lo que queda es el proyecto político que ésta abre. Pero postulado así es parcialmente verdadero. Es cortar la tela por el jirón desaliñado. Este proyecto político, que tiene su momento de *apertura* con la Revolución francesa, se vería reductiblemente acotado si prestamos atención únicamente a la política y descuidamos la economía. Si la política (en la modernidad) es la búsqueda de la liber-

tad, ésta incluye la libertad de apropiarse de los rendimientos de la propiedad de uno mismo, que la revolución política proclama como una verdad universal. La modernidad, y el proyecto político que la hace posible, instaura por primera vez la unión entre propiedad del mundo tangible e intangible, con los rendimientos de los talentos y habilidades que los individuos aleatoriamente poseen. No fue Marx, sino Locke quien propuso la idea de unir la propiedad con el fruto del trabajo individual. No fueron los socialistas, y menos aún los marxistas, sino los liberales quienes buscaron la fuente de legitimidad de la propiedad en el trabajo. El paso de la guerra y la conquista al método individual y moderno de la centralidad del trabajo como legitimadora de la propiedad es significativo; y su culminación no está en el siglo XIX, sino en el XX. La modernidad convierte al indolente mundo antiguo y medieval en hombres laboriosos y de industria, y al planeta en una factoría mundial. No es casualidad que el sociólogo exquisito de la modernidad, Max Weber, haya sostenido que los hombres han experimentado, en su transcurso, un gusto cada vez más elevado por el trabajo. La modernidad parece, indudablemente, centrarse en el proceso de trabajo, *i.e.*, en el proceso de construcción-destrucción. Así las cosas, la crítica de Habermas a Marx, en donde aquél le adjudica a éste el haberse preocupado únicamente por el mundo del trabajo, es una crítica hecha *pos festum*, y demuestra —únicamente— el proyecto inconcluso y frustrante de la modernidad, porque pareciera imposible *re-unir*, *re-ligar*, *suturar*, la autonomía individual con el trabajo. O para decirlo con palabras de los *Manuscritos*: la autorrealización del hombre, *i.e.*, la actividad misma del trabajo libre, está vedada en la organización política que administra la distribución del tiempo de trabajo. Quejarse de que el análisis de Marx prestó demasiada atención al mundo del trabajo como eje explicativo axial es hacer un recuento parasitario de lo que marxistas y no marxistas habían creído (y algunos un poco *naïves* todavía creen) durante mucho tiempo: que el proyecto político de la modernidad había preparado las bases para un progreso indefinido, basado en una esfera económica que funcionaba con una lógica propia.

Si tomamos a la sociedad —que la modernidad separa entre sociedad política y civil— como un todo y le aplicamos un corte transversal, veremos que el proceso de trabajo se convierte en un canal

vinculante entre actores (individuales y colectivos). El proceso de trabajo *sutura* aquello que la modernidad constantemente trata de *desvanecer en el aire*. El proceso de trabajo cohesiona, *re-une*, *liga* a la sociedad. En Weber será la racionalidad que emana del proceso de trabajo, que se dispersa y controla toda la sociedad guardándola en una *jaula de hierro*, desencantadora, pero lo más seguro que los modernos pueden alcanzar. En Durkheim será también el proceso de trabajo el *cemento* que sutura a la *sociedad*. Y, por supuesto, en Marx el proceso de trabajo será la marmita que cocina a fuego apresurado la *re-unificación* de individuos y sociedad escindidos y alienados. Si el marxismo hizo del proceso de trabajo un concepto específico del proceso de trabajo capitalista, y creó las bases científicas para el análisis de las clases sociales antagónicas, Durkheim, por su parte, vislumbró la posibilidad de cooperación de la *inmensa mayoría* —como él gustaba referirse al proletariado— con los capitalistas. Suturar, para Durkheim, la *anomia* que el capitalismo producía, era crear mecanismos de cooperación entre los asalariados y los capitalistas en el plano civil, para tomar decisiones en el plano político.¹ La agenda de problemas sociológicos *vitales* del siglo xx se puede describir por medio de ese corte transversal: el proceso de trabajo.

Ciudadanía política y membresía en el proceso de trabajo son los conceptos que permiten ir de un extremo a otro de la sociedad política y civil. Hacia finales del siglo xix había tanta producción por devorar que el conflicto no tenía fin; había tanto espacio para la expansión racional que la jaula de hierro era fría y desencantadora, pero lejana; había, en definitiva, tanto espacio para el desarrollo y profundización de la división social del trabajo, que la cooperación parecía siempre estar a la mano. Todos creyeron que la centralidad del proceso de trabajo era el elemento dinámico e incluyente en un mundo empecinado por el cambio constante. Los *molinos satánicos* devoraban a las *ovejas y los pastores*, pero instauraban un nuevo “proceso de trabajo” dispuesto a incluir a los individuos: los agentes económicos y los ciudadanos. Si la política, la actividad política, instaura en la modernidad la búsqueda de la libertad, esa búsqueda empieza por primera vez a fabricar y producir *historias*

¹ Véase Avaro (1993).

(Vico y no Hegel). La nueva *re*-evaluación de valores instaura la producción de un progreso encasillado sobre el proceso de trabajo. La utopía de abundancia socialista y marxista no era más que una forma extrema del mayor bienestar para el mayor número. Así las cosas, era impensable disociar la ciudadanía política y la incorporación al proceso de trabajo. Si la tarea era pensar y analizar uno en función de la alteridad del otro, ahora es necesario pensar al individuo civil y su carta de ciudadanía sin la existencia del proceso de trabajo. Y este será el problema que aquí formularemos.

Las paradojas del proceso de trabajo

Tiempo y proceso de trabajo

Mobile quod movetur.
Guillermo de Ocam

El concepto "proceso de trabajo" está vinculado estrechamente al capítulo IV (conocido como inédito) de *El capital*. Y fue un concepto empecinadamente relevante para la discusión de la sociología del trabajo hasta bien entrados los años ochenta. Si bien el proceso de trabajo incorpora una fuente original de explicación del corazón de Prometeo (la fábrica), causó conclusiones trágicas para la ciencia y la historia. El posicionarse históricamente y escrutar la especificidad del proceso de trabajo capitalista fue, sin lugar a dudas, el mayor logro del aporte marxiano. Pero las conclusiones que se extrajeron de él no sólo fueron erróneas, sino trágicas: coerción, dominación y alienación. La famosa conferencia de Weber durante 1917 es tempranamente preclara ante tales confusiones. La idea básica de Weber era esquemáticamente la siguiente: el desarrollo y evolución de la empresa, y su centro de trabajo, serán inevitablemente unilineales: *i.e.*, la racionalidad acotará cada vez más el funcionamiento del proceso de trabajo. No puede, en palabras de Weber, haber una salida socialista que no utilice las técnicas *organizacionales* empleadas en el proceso de trabajo capitalista.

El proceso de trabajo es una construcción institucional, tendiente a relacionar las actividades humanas, para obtener un producto

necesario para la supervivencia, reproducción y hábitat de los hombres. Esta definición de proceso de trabajo es no marxista. La especificidad que detecta el análisis marxiano es dotar a aquella definición de su especificidad histórica; de hallar, en definitiva, las relaciones sociales inherentemente capitalistas que intervienen en el proceso de trabajo. La formulación de las relaciones de producción capitalistas por parte de Marx, hacen del capitalismo una fábrica única en la historia del proceso de trabajo humano. El mayor descubrimiento de Marx, la relación entre capital/trabajo asalariado, hace de los medios de trabajo (medios de producción) *capital* y del trabajo humano (trabajo abstracto) *trabajo asalariado*. Y con esto Marx hace descansar la materialidad del proceso de trabajo en dos categorías: trabajo muerto (capital) y trabajo vivo (trabajo asalariado); y de ahí la centralidad del proceso de trabajo capitalista: la extracción de *plus-trabajo/plus-valor*. ¡La centralidad del trabajo es relevante! El trabajo asalariado que se compra y cotiza en el mercado, es usado en el solitario y escondido corazón del Prometeo moderno: la fábrica. Aquel trabajo comprado y luego usado, debe volverse *productivo* al capital, debe —como dice Marx— volverse valorizador del capital que lo contrata. Así, Marx postula algo inherentemente capitalista: el proceso de trabajo está asociado ineludiblemente al proceso de valorización. Y además de capitalista, *moderno*: la producción realizada en el proceso de trabajo *debe* ser devorada. Y así, Marx comienza a *descubrir* categorías tendientes a explicar el funcionamiento *eficiente* del proceso de producción/destrucción: proceso de trabajo/proceso de valorización. Y aquí, entonces, aparece el gran descubrimiento de la modernidad sobre el *tiempo*. Marx postula la relación entre tiempo de producción y tiempo de circulación, mediada por el tiempo de rotación del capital invertido. Mientras más rápido se produzca, más aprisa las mercancías entrarán en la circulación, y mientras más corto sea el periodo de circulación, más rápido rotará el capital, convirtiendo la ganancia en nueva fuente de producción; *i.e.*, el gran descubrimiento de la modernidad: el *tiempo* es *dinero*.²

² Para un análisis exegético sobre la categoría de *tiempo* en Marx, véase Booth (1991); y para una visión sobre el cambio en la apreciación del *tiempo en la "modernidad"*, véase Attali (1985).

El tiempo de producción se cronometra, se calcula, se contabiliza; lo que se traduce, en definitiva, en un aprovechamiento eficiente y en un uso óptimo de la fuerza de trabajo y de los medios de producción. De lo que se trata, en suma, es de racionalizar la producción; y en esto Marx y Weber coinciden. Esta línea de investigación, desarrollada por el marxismo, es fundamental para comprender y aprehender la disciplina y *management* de la fuerza de trabajo.³ Ha sido de gran utilidad para estudiar el pretaylorismo, el taylorismo y el fordismo. Una hipótesis de trabajo recorre todos estos periodos de gestión de la fuerza de trabajo: minimizar el tiempo de producción unitario y eliminar los tiempos muertos.

La conclusión que se extrae es que a medida que hacemos más eficiente la relación: producto por unidad de tiempo, debe ser mayor el rendimiento de la fuerza de trabajo. El incremento de la productividad y la eficiencia en el uso de los medios de producción, hacen que sea menor la cantidad de trabajo vivo gastado por unidad de producto, en una unidad siempre menor de tiempo. Ganar dinero es gastar dinero en métodos que permitan acortar los tiempos de producción: el proceso de trabajo eficiente. Esto es, el proceso de trabajo valorizador del capital gastado, debe ser aquel que permita producir el mismo volumen en un tiempo siempre decreciente.

Paradoja 1: El proceso de trabajo es dominado por el proceso de economizar tiempo. El acortamiento del tiempo de la producción implica: que a medida que la producción se hace más grande, la cantidad de trabajo se hace más pequeña (en términos relativos).

Así las cosas, el proceso de trabajo capitalista disocia lo que siempre había estado asociado: producción e incorporación de trabajo directo.⁴

³ En este sentido, la obra de Thompson (1968, 1989) es de invaluable aporte, y para el estudio del *management* del siglo xx el texto de Braverman (1984) es, quizá, la mejor referencia obligatoria.

⁴ Esta paradoja es otra forma de escribir la ley del agotamiento del *valor-trabajo*, afirmada por Marx en los *Grundrisse*. Sin embargo, debemos reconocerlo explícitamente, estamos influidos por el sugestivo trabajo de Gorz (1988).

El individuo: entre el eterno laborar y el tiempo libre

Los griegos creían en dos tipos de vida: la *vita activa* y la *vita contemplativa*. En la primera se realizan las actividades consagradas a la reproducción y a la construcción de las cosas necesarias para la vida: los monumentos que permiten construir la historia y la asociación política. La segunda es el ocio, la *no* actividad, el reposo. Arendt ha dicho que la vida activa comprende tres aspectos básicos: *labor, trabajo y acción*.⁵ Según ella nos cuenta, la diferencia entre *labor* y *trabajo* proviene de la persistencia en las lenguas europeas de dos significaciones diferentes para actividades como: “la *labor* de nuestro cuerpo y el *trabajo* de nuestras manos” (Locke). La *labor* está asociada al siempre cíclico y monótono laborar del cuerpo, para procurarse la supervivencia individual y de la especie. Está ligada al consumo para mantenerse vivo. Es la simbiosis entre el hombre y la naturaleza (Marx).⁶ Sin embargo, es este laborar el que crea las cosas más efímeras y, al mismo tiempo, las cosas más vitales para el hombre (Locke). Laborar crea los alimentos, el cuidado del cuerpo y el cuidado de los que amamos; es efímero y siempre *re-inicia*, pero es cíclico respecto de la naturaleza: desde el nacimiento hasta la muerte. El hombre nace para laborar (*homo nascitur ad laborem*), y el último y más doloroso laborar del hombre es su propia muerte (*extremus labor*). Por su parte, el trabajo está asociado a la creación de objetos que trascienden (o tienen la capacidad) la vida de su constructor. Estos objetos pueden ser bienes de consumo durable (sillas) o directamente bienes creados para no ser consumidos, sino para perdurar en el tiempo (una escultura). Lo que estos objetos dan al *homo faber* que los construyó, es la sensación de un mundo construido y perdurable, el hogar construido por el hombre (*homo finit, opera manent*). Hasta aquí Arendt.

⁵ Véase Arendt (1993, 1995).

⁶ Laborar es, sin lugar a dudas, el inicio de las fuentes de desigualdades e injusticias entre los hombres. Tiene, en sí mismo, una capacidad de producir más bienes de supervivencia que los que el *animal laborans* necesita para sobrevivir. El hombre, al igual que una mula, puede moler más maíz del que necesita para emprender la próxima jornada de vida. Es por este motivo que la teoría del plus-valor/plus-producto y de la explotación, es inevitablemente un caso particular de una teoría más general. Para una discusión y guía bibliográfica, véase Avaro (1996b).

Lo que nos interesa postular es la siguiente hipótesis: el proceso de trabajo capitalista convierte al trabajo en labor. No queremos decir que los edificios, puentes y estaciones espaciales duren efímeramente unos cuantos días, sino que la construcción de éstos depende de su consumo, de su futilidad y de la capacidad de volver a crear nuevos edificios, puentes y estaciones espaciales.

En el sistema capitalista de producción la permanencia de un productor tiene que ver con la destrucción que realicen otros agentes económicos de su producto. (Esto no se le escapa a ningún estudio de los procesos de trabajo. Desde la producción en serie, se ha creado una cantidad asombrosa de *objetos* o bienes con una vida efímera *a propos*. Y ahora, justamente una gran estrategia de valorización del capital es el acortamiento del ciclo del producto.)⁷ Pero si comparamos entre el más efímero de los bienes de consumo durable con el plato de comida, todavía podemos decir, con Arendt, que el bien de consumo durable genera la construcción de artefactos que permiten hacer de este mundo nuestro hogar y de nosotros sus constructores. Pero si lo comparamos desde el punto de vista del obrar de nuestras manos y el laborar de nuestro cuerpo, las cosas no son tan claras. El trabajo asalariado que construye aquel bien de consumo durable utiliza sus ingresos laborales con el único fin de cubrir las necesidades de la supervivencia, al igual que el desgaste del cuerpo en la preparación de un plato de comida.⁸ Y en este sentido el trabajo asalariado se convierte en cíclico y repetitivo lo mismo que la labor. El proceso de trabajo capitalista debe asegurar que la producción sea devorada, para lo cual debe convertir al trabajo en cíclico, *i.e.*, en labor. No es que el mundo no cuente con los bienes perdurables, sino más bien que éstos son contruidos con una lógica de *re-inicio*, de un comienzo siempre presente; en definitiva, dominados por una lógica que implica que la producción *debe ser* consumida. Para que los bienes de consumo durable fueran dominados por un proceso de trabajo del *homo faber*, sería preciso

⁷ En la industria automovilística, según una entrevista realizada por un profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Kyoto a los gerentes de Toyota, se producen más de 100 000 variaciones de un modelo básico que se fabrica y vende en un año comercial. Véase Coriat (1995:138).

⁸ Para una comparación entre Arendt y Marx sobre el tema de la alienación, véase Ring (1989).

que el excedente no operara como capital. En definitiva, un mundo donde el excedente sea gastado como emolumento y no para ganar a partir del gasto. Pero tal mundo fue enterrado con la modernidad.

La *vita activa* se realiza para garantizar la *vita contemplativa*. La labor reproduce nuestro cuerpo, el trabajo construye nuestro hábitat, y la acción organiza la vida política con el fin de asegurar la contemplación. Mientras el mundo antiguo consideraba la contemplación como superior a la vida activa, exigía el no cambio, el mundo moderno, al invertir los valores, requiere de la no inmutabilidad. En el primero, el ocio es el disparador del trabajo; en el segundo, el ocio viene por añadidura.

Paradoja 2: El proceso de trabajo capitalista es un arreglo que genera una expulsión de trabajo, *i.e.*, genera mayor cantidad de productos con menores unidades de trabajo por unidad de tiempo (*Paradoja 1*). Así las cosas, el propietario de una unidad de fuerza de trabajo no puede convertirla en trabajo; y por tanto, como el proceso de trabajo convirtió al *homo faber* en *homo laborans*, los individuos se hacen acreedores a la ociosidad pero no al ocio, ya que al no poder convertir su fuerza de trabajo en unidades monetarias laborales, se ven privados de la supervivencia de su cuerpo. Hay tiempo libre, pero no hay ocio.

Hasta aquí las dos paradojas tratan de reflejar los aciertos del marxismo. Ahora veremos el gran desacierto.

El proceso de trabajo y la pérdida de su centralidad

Éste se puede caracterizar a través de la relación principal-agente.⁹ El marxismo siempre ha visto al proceso de trabajo como el eje inclusivo y conflictivo de la sociedad capitalista. El proceso de trabajo ha tratado de demostrar cómo los capitalistas cosificaban el *savoir faire* del obrero-artesano en las máquinas y en los manuales de pro-

⁹ Para un análisis más detallado, véase Avaro (1996b).

cedimiento de la producción, convirtiendo a los artesanos en agentes *descualificados*, dominados y alienados. Por tanto, convirtió el disciplinamiento-racionalización dentro del régimen fabril en una situación de dominación-coerción. Sin embargo, el disciplinamiento que el tiempo de producción impone, igualmente se hubiera producido en una situación de propiedad colectiva de los medios de producción, si la meta era tener una producción más eficiente. El error del marxismo fue confundir el disciplinamiento con la dominación. Tanto en el capitalismo como en el socialismo, existe un principal que contrata a agentes para realizar la tarea de la producción, y ésta se realiza en un mercado de imperfecta información, y con imperfecto cumplimiento de los contratos; por tanto es necesaria la disciplina para racionalizar el proceso de trabajo. En esta situación es lógico suponer que la disciplina y control sobre el agente puede llegar a verse como una situación de dominación. Pero de lo que se trata, por medio de los procesos de innovación organizacional, es de crear mecanismos interinstitucionales de control por parte del principal sobre el agente, basados en la cooperación; pues éstos son los únicos duraderos, eficientes y a la larga menos costosos. Por lo tanto el gran error del marxismo fue suponer el conflicto como *a priori*. La historia ha demostrado que se puede construir un consenso dentro del régimen fabril.¹⁰ Y toda vez que el proceso de trabajo permea a la sociedad, el consenso fabril llega a legitimarse en la misma esfera política (ejemplo de esto es el fordismo). La magnitud del consenso no reposa en la figura mítica del empresario, sino en la capacidad del proceso de trabajo para incluir a los agentes económicos. Sin embargo, el consenso fabril no sólo está condenado a ser frágil como cualquier equilibrio institucional, sino que la propia lógica (funcional) del proceso de trabajo impide la construcción de un consenso en escala societal. Por consiguiente: a mayor eficiencia económica, mayor grado de racionalidad sobre el proceso de trabajo y, como consecuencia, menor posibilidad de *construir* un consenso societal basado en la producción, ya que la racionalización implica la no inclusión de los ciudadanos como agentes productivos.

¹⁰ Para el concepto de *consenso fabril*, véase Burawoy (1978, 1979).

Paradoja 3: A medida que los actores sociales involucrados en la fábrica se comprometían a racionalizar el proceso de trabajo, menores son las posibilidades de construir un consenso inclusivo de escala social centrado en el proceso de trabajo.

Proceso de trabajo y crisis del welfare State

Un burócrata privado exclamó en cierta reunión: ¡qué baremos con la pobreza! (refiriéndose al desempleo y marginación en América Latina). A lo cual rápidamente replicó: preocúpese mejor por la siguiente inquietud: ¿qué hacer con los pobres.

La organización institucional del proceso de trabajo ha venido generando asombrosos cambios. La adopción de las técnicas desarrolladas durante la tercera revolución industrial han incrementado impensablemente la productividad del trabajo. Y esto por dos motivos: *a)* el desarrollo tecnológico adoptado en las máquinas-herramientas y en los procesos han generado un ahorro de tiempo y una sincronización-control de los tiempos muertos del proceso de producción, que permitieron sacar del atolladero productivo al ya exhausto fordismo; y *b)* las nuevas tecnologías han tenido, como las estadísticas lo muestran, una capacidad de destrucción del empleo mucho mayor que la capacidad de creación de empleo (secundario). Corolario: el fantasma del desempleo recorre, nuevamente, el mundo.

Pero el ahorro de tiempo de trabajo de la sociedad (incremento del tiempo de no trabajo colectivo), no sólo es fruto de la innovación tecnológica. También es causado por el cambio en la lógica de administración del tiempo mismo.

Durante el siglo xx la sociedad política estuvo obsesionada por lograr el pleno empleo. La sociedad política, a través del Estado, se encargó de distribuir el tiempo de trabajo en el proceso de trabajo. El Estado legitimó el consenso fabril fordista mediante la creación de empresas y mecanismos de redistribución básicos (tributación, subsidios y transferencias). Así las cosas, durante gran parte de este siglo existieron dos mecanismos de asignación del tiempo de trabajo: el mercado y la sociedad política. Mientras que el mercado se esforzaba por ahorrar tiempo de trabajo, la sociedad política se es-

forzaba por gastar tiempo de trabajo. La tensión, *por mor* a la eficiencia, tuvo que ceder: ganó el mercado.¹¹ El Estado, y su aparato de administración del tiempo de trabajo, comenzaron la retirada. Ahora, prácticamente, el mercado distribuye el tiempo de trabajo, y como hemos visto en la paradoja 1, el tiempo de trabajo es cada vez menor. Lo que deseamos mostrar es que el proceso de trabajo regido por la lógica del mercado, carece de la posibilidad de incluir en él a los ciudadanos en tanto agentes económicos por derecho propio.

La creación de empleo, en las sociedades contemporáneas, parece ser un dilema. Dependiendo de las preferencias industriales de los tecnócratas domésticos, existe una tendencia generalizada que consiste en revitalizar a las asociaciones civiles como administradoras del tiempo de trabajo. Sin embargo, crear tiempo de trabajo, en un medio que pretende ahorrar tiempo de trabajo y se esfuerza tecnológicamente para ello, no parece solucionarse con la retirada del Estado de la escena pública. Así las cosas, la creación de empleo se cruza y correlaciona con conflictos étnicos, regionales, con la historia industrial de los municipios, etcétera; y las entidades descentralizadas se esfuerzan por hacer realidad, en todos los lugares del mundo, el éxito de los distritos industriales marshallianos, pero por ahora todo parece indicar que el tiempo de trabajo está sujeto a la dinámica de un juego de suma cero.

De esta encrucijada histórica deseamos mencionar tres elementos significativos:

- a) Dado el desempleo y la exclusión del proceso de trabajo, por qué, necesitamos preguntarnos, los individuos parecen aceptar y legitimar (al menos en última instancia) al mercado como administrador del tiempo de trabajo. Las razones son de dos tipos: en primer lugar, porque el mercado

¹¹ ¿Cómo sucedió esto? Existen muchas explicaciones. Algunas se basan en el determinismo tecnológico, aunque no expliquen muy adecuadamente cómo los empresarios hacen para elegir aquellos paquetes innovativos, y por qué motivos. La rebelión fiscal y la revuelta de los inversionistas fueron el primer disparador de la internacionalización del capital financiero y luego productivo, que permitió la globalización de los circuitos productivos y de consumo, y que posibilitó carcomer al *welfare State* desde la globalización. Pero en esta propuesta no nos interesa discutir cómo sucedieron los hechos; nos apremia escrutar a éstos tal como son.

ha sido el único mecanismo capaz de garantizar el desarrollo tecnológico; y a éste —parece significativo— los individuos lo consideran un bien (público) a defender. Y en segundo lugar, por eficiencia, que se traduce en un mejor aprovechamiento de los factores de la producción, a los efectos de producir más y mejores mercancías.

- b) El otro hecho a tener en cuenta es: los individuos están todavía sujetos a la distribución que el proceso de trabajo sanciona, *i.e.*, sólo accediendo al proceso de trabajo se logran captar ingresos.
- c) Y por último: a pesar de la existencia de un consenso fabril posfordista (los mercados de trabajo interno son un caso significativo), éste no se traduce en un consenso que incluya a la sociedad política (debido a b).

De acuerdo con las perspectivas tecnológicas futuras, en el mejor de los casos todo parece indicar que el ahorro de trabajo directo será una constante. O más aún: en América Latina, suponiendo la tecnología *ceteris paribus*, se necesitarán unas cuatro décadas de crecimiento económico continuo, sustentadas con altísimas tasas de inversión, para poder controlar el desempleo. Lo cual significa, en el mejor de los mundos posibles, que gran parte de una generación no participará del proceso de trabajo. Veamos las implicaciones de esto mediante tres categorías analíticas.

Definamos al *ocio* como tiempo de no trabajo, tiempo liberado. A los *consumidores* como la parte alícuota del pastel productivo devorado, delimitado en función del estándar "aceptable" de cada sociedad.¹² Al *ingreso* como la parte alícuota proveniente de la participación individual en el proceso de trabajo. De esta forma, vamos a tener un quiebre en la idea que vinculaba el proceso de trabajo con la integración social.¹³ Por un lado tendremos integración: los individuos que logren acceder al proceso de trabajo, podrán consumir y tendrán su escasa porción de ocio. Y por otro, los individuos excluidos tendrán ocio, pero no ingreso y por tanto no consumo.

¹² Véase Guidieri (1989).

¹³ Para ver cómo las nuevas tecnologías producen inclusión/exclusión, véase Tezanos (1992).

Deseamos concluir esta parte con la siguiente propuesta: la organización institucional del proceso de trabajo de fines del siglo xx nos indica que debemos pensar en el consumo, si deseamos mantener una sociedad integrada, antes que en el tiempo de trabajo-ocio. Y debemos decirlo tanto sociológica como políticamente: una sociedad implica integración. No podemos llamar sociedad a la guerra de todos contra todos: el Estado, por su naturaleza, es *pre-social* y *pre-político*.

Aborro de tiempo de trabajo y exclusión del consumo

Durante el siglo xx, y en especial con la *construcción* del *welfare State*, el Estado ha demostrado abiertamente su intención, mediante políticas, de distribuir el tiempo de trabajo: la obsesión por el pleno empleo. Pero hoy en plena *de-construcción* del *welfare State* la agenda política del Estado se encuentra desesperadamente atrapada por la creación de tiempo de trabajo. (Éste es actualmente, dada la evolución del proceso de trabajo que enfrentan las economías, más que un problema de *co-ordinación* entre las micro-decisiones y las macro-políticas; *i.e.*, trasciende la distribución del tiempo de trabajo socialmente necesario.) Existen, en el presente, dos grupos perfectamente definidos de agentes: los que están insertos en el proceso de trabajo (incluidos) y los expulsados (excluidos), para caracterizar la dualidad trabajo-ocio. En las economías actuales los ingresos son retribuciones a la participación en dicho proceso.¹⁴ Por tanto tenemos que los incluidos tienen incentivos para ahorrar tiempo de trabajo, en la medida en que son consumidores (situación individualmente estable debido a los incrementos en la productividad y el descenso en los precios). Mientras que los excluidos, en la medida en que no consumen, tienen incentivos para propugnar política y socialmente por un incremento o ampliación, a expensas de la eficiencia, del tiempo de trabajo. Para decirlo con otra paradoja:

Paradoja 4: Mientras que el consumo depende de la obtención de ciertos ingresos, y éstos sean una retribución a

¹⁴ Al *de-construir* el *welfare State* los ingresos no laborales se han recortado, y según el último informe del Grupo de los 7 serán eliminados.

la participación en el proceso de trabajo, tendríamos que los que trabajan desean tener más ocio, y los que tienen ocio, desean trabajar.

Si creemos que la de-construcción del *welfare State* atiende a factores estructurales, entonces deberíamos sostener que toda política pública (centralizada o descentralizada) tendiente, como en la actualidad, a crear puestos de trabajo, se encuentra dominada por la misma lógica pre-*welfarista*: ahorro de tiempo de trabajo, por el mercado; incremento, por la sociedad política. (Con lo cual estamos diciendo dos cosas: *a*) que toda solución es inestable; *b*) que no es posible estructurar un consenso desde la producción debido a incentivos cruzados.)

Para reconocer la contradicción institucional en la distribución del tiempo de trabajo (mercado *versus* sociedad política), hay que empezar a reconocer que la centralidad del proceso de trabajo ha perdido importancia. Si dejamos al mercado dirigir el proceso de trabajo, la racionalidad del proceso productivo (tanto en su aspecto técnico-formal como institucional) produce una disminución en el tiempo de trabajo, con lo que se crea un incremento en el ocio, caracterizado por una exclusión del consumo. Por lo tanto, para comenzar a tratar el problema, es preciso reconocer la fuerza de la siguiente paradoja:

Paradoja 5: A mayor control del proceso de trabajo, menor centralidad de éste en tanto elemento generador de un consenso societal.

Addenda: por una política pública imaginativa

En este ensayo hemos tratado de reformular (ligeramente) un antiguo "problema" de las ciencias sociales. Sin embargo hoy, a diferencia del pasado, el problema tiene tres características relevantes: *a*) los individuos creen que el ahorro de tiempo de trabajo es un bien antes que un mal (público); *b*) los ciudadanos creen que el mercado, y las bases que posibilitan su funcionamiento, son un mecanismo de

asignación no sólo eficiente, sino que además permite una innovación organizacional y tecnológica acorde con el principio de ahorro de tiempo de trabajo; c) los ciudadanos prefieren, así lo demuestra su participación política y su frustrante experiencia en las políticas públicas, un Estado mínimo.

En tal sentido, una política pública debería ser capaz de compatibilizar: a) por un lado, el mantenimiento de los mecanismos que permiten el incremento acelerado de la disminución del tiempo de trabajo, *i.e.*, aumentar a tasa creciente el tiempo libre/ocio. Y por otro, b) minimizar la pobreza, el no consumo que aquel mecanismo genera, sin apelar, por supuesto, a mecanismos desincentivadores del ahorro del tiempo de trabajo (*i.e.*, las clásicas políticas de distribución de puestos de trabajo).

Un candidato que merece ser tomado en cuenta, para enfrentar el dilema de las actuales políticas públicas, es la *renta universal garantizada* (RUG), ya que es un mecanismo de asignación que permite:

- a) independizar la percepción de ingresos (consumo) del proceso de trabajo; lo que se traduce en
- b) una política pública coherente entre preferencias de los actores e incentivos, pues permite que los incluidos y excluidos tengan los mismos incentivos hacia el ahorro del tiempo de trabajo;
- c) por tal motivo la RUG es un mecanismo de asignación que se sitúa más allá de la esfera de la producción y se concentra en la esfera del consumo, lo que permite conciliar el tiempo libre con el consumo mediante la ciudadanía política.

Sin embargo, y para concluir, la RUG en tanto política pública (aunque sea más que eso) está sujeta a todas las críticas a que se pueden someter los intentos de *ingeniería social* (a ningún lector familiarizado con la RUG se le escapa esta observación). Así y todo, aunque no podamos establecer las *consecuencias* de la implementación de dicho mecanismo de asignación, resulta imperativo aunar esfuerzos para no “correr detrás de lo imposible”, como Sófocles le hace decir a Ismea. Si las limitaciones de la ingeniería social y la cambiante

realidad asumen el papel de Ismea, los científicos sociales deberemos asumir el papel de Antígona y contestar contundentemente: "pues entonces, en la última frontera de lo posible, desistiré".

Bibliografía

- Arendt, H., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.
- , "Labor, trabajo y acción, Una conferencia (circa 1957)", en *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 89-108.
- Attali, J., *Historias del tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Avaro, D., "Durkheim y el capitalismo organizado: el desarrollo de un problema", en C. Peón, A. Rosler y D. Avaro, *Estudios de sociología política: M. Weber, E. Durkheim, y F. Tönnies*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 47-93.
- , "Explotación y justicia", Documento de trabajo, DT3, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, 1996a.
- , "Excavando entre las ruinas. Cuatro lecciones propositivas sobre el socialismo de mercado", México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1996b, mimeografiado.
- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI Editores, 1989.
- Booth, W.J., "Economics of time. On the idea of time in Marx's political economy", *Ethics*, vol. 19, núm. 1, 1991, pp. 7-27.
- Braverman, H., *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 7ma. ed., 1984.
- Burawoyn, M., "Toward a marxist theory of the labor process: braverman and beyond", *Politics & Society*, vol. 8, núms. 3-4, 1978, pp. 274-312.
- , *Manufacturing consent. Changes in the labor process under monopoly capitalism*, Chicago, Chicago University Press, 1979.
- Coriat, B., "Incentives, bargaining and trust: alternative scenarios for the future of work", *International Contributions to Labour Studies*, núm. 5, 1995, pp. 131-151.

- Gorz, A., *Métamorphoses du travail: enquête du sens*, París, Galilée, 1988.
- Guidieri, R., "Babel", en *La abundancia de los pobres*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 9-22.
- Ring, J., "On needing both Marx and Arendt. Alienation and the flight from inwardness", *Political Theory*, vol. 14, núm. 3, 1989, pp. 432-448.
- Tezanos, J., "Transformaciones en la estructura de clases en las sociedades tecnológicas avanzadas", *El socialismo del futuro*, núm. 6, 1992, pp. 65-85.
- Thompson, E., *The making of the English working class*, Harmondsworth, Penguin, 1968.
- , "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 3a. ed., 1989.